

LA DEPOSICIÓN ¹

Mari Paz Viniegra Mesa RJM
Octubre de 2014, Roma



He tenido la bendición de contemplar esta obra de arte en toda su grandeza original la cual se levanta admirable y orante, de tal manera que se vuelve difícil esquivar la mirada.

La pintura ha sido colocada al centro de una de las capillas laterales de la Iglesia del *Gesù* en Roma, donde también encontramos los restos mortales de varios padres jesuitas, entre ellos los de San Ignacio de Loyola, Pedro Arrupe y San José Pignatelli.

En el arte cristiano el tema de *la deposición de Cristo* ha dado obras maravillosas como las de Tintoretto, Caravaggio, Rembrandt van Rijn y otros muchos. Encontramos diversas pinturas y esculturas entorno a la pasión y muerte de Cristo, como son las lamentaciones, el descendimiento de la cruz, el entierro de Jesús y otras.

Esta pintura de Safet Zec tiene características distintas a las clásicas, pues en ella se encuentran tres personajes totalmente fuera de la época de Jesús, y es eso justamente lo que la hace muy interpelante. ¿Quiénes son estas personas, por qué están ahí? ¿Qué hacen? Y me metí en la escena, como San Ignacio nos invita a orar y contemplar.

Nadie me ha explicado esta pintura, pero por sí sola me abrió muchos caminos llenos de significados que quiero compartir, creo que así es el arte, un trabajo en conjunto entre la intención creadora del artista y lo que se origina en el espectador.

En un primer momento me dejé envolver por las acciones de toda la escena: cargar, limpiar, mirar, acompañar, sostener, callar, llorar, esperar y tocar el dolor y la esperanza que mueve a comprometer la vida y hacerse cargo por amor al amigo que ha muerto.

Resuena en mí el corazón de Ignacio diciendo a Jesús crucificado: *¿Qué puedo hacer por ti?*

Especialmente estos días mi corazón tiene de telón de fondo el crimen, la injusticia y la violencia vivida en el mundo, lastimosamente convertidos en el pan de cada día.

¹ Esta pintura "La Deposizione", ha sido colocada en la Iglesia del Gesù, en Roma, obra de Safet Zec (Bosnia). El sábado 27 de septiembre el Papa Francisco la bendijo como parte del segundo centenario de la Restauración de la Compañía de Jesús por el Papa Pío VII en 1814. El cuerpo de Cristo muerto, bajado de la Cruz, es sostenido por tres jesuitas: San José Pignatelli (1737-1811), quien fue el protagonista de la restauración de la Compañía; el Siervo de Dios Philip Roothaan (1785-1853), General de la Compañía recién renacida; Pedro Arrupe (1907-1991), figura decisiva en la actualización de la Compañía de Jesús después del Concilio Vaticano II.

Mientras oraba con la mirada y el corazón puestos en la pintura, encontraba en ella la barbarie en la que está envuelta mi país: México, llevando a su culmen de deshumanización la desaparición de 43 estudiantes de Ayotzinapa, Guerrero, junto con el hallazgo continuo de fosas clandestinas que contienen personas mutiladas, torturadas, asesinadas.

Por mi corazón pasaba el dolor de madres y padres despojados de la vida de sus hijos, de quienes son sometidos a la explotación y pobreza, de hombres y mujeres reducidos a la violencia sistemática y estructural de políticas que no contemplan en nada - y menos si afecta a sus economías personales- el respeto a la vida.

¿Qué hacemos con los muertos, con la degradación de la VIDA? ¿Qué hago yo? ¿Qué hacemos cuando en nuestras manos, en nuestras calles, en nuestros pueblos yacen los cuerpos de niños, jóvenes, adultos, ancianos, sanos o enfermos, pobres o ricos, con fe o sin ella?

Al fijarme en cada uno de los personajes encontré mociones o luces que me abrieron un camino de esperanza, camino que necesariamente pasa por la *tercera semana*, camino de Cruz. En los ejercicios espirituales, en la meditación de la pasión de Jesús se invita a hacer la siguiente petición: «*demandar dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí*» [EE 203 cf. 193].

Empiezo con mi mirada puesta en **JESÚS** muerto, centro de toda la escena.

Él cae completamente inmóvil, el peso de su cuerpo debe ser sostenido con fuerza, con decisión, con incalculable ternura y respeto para que no sea abatido en tierra...

El amigo, el maestro, ha muerto.

La vitalidad de su voz, la energía sanadora de sus manos, la certeza en su mirada, ahora son envueltas en el silencio, la indefensión y la derrota.

Sus ojos cerrados sin la luz de la vida.

Su brazos vencidos por la fuerza agotada.

Las gotas de sangre que recorren cada una de las heridas impuestas.

Aquí está Jesús, así, sin poder hacer otra cosa que ser cargado, abrazado, sostenido por sus amigos, por sus hermanos, por sus compañeros de camino, que decidieron *tomar su cáliz*...

María, su madre, que con su sola presencia envuelve a su hijo... “*en tus manos encomiendo mi Espíritu*” ha dicho Jesús y ha dicho María... y también lo han dicho Arrupe, Pignatelli, Roothaan y los jesuitas perseguidos...

También lo ha dicho Claudina frente a un futuro oscuro, una huérfana, una mujer y un telar...

Y escucho en mi corazón y me uno a tantas personas que rostro en tierra buscan la luz y apenas pueden susurrar: “*Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu*”.



La mujer que está de pie, **MARÍA, LA MADRE...**



Con su mirada penetrante acaricia cada una de las heridas de su hijo. Sus manos me llaman la atención, no las tiene en su rostro doliéndose de su propio dolor, como si al taparse los ojos desapareciera la tragedia que la envuelve, sus manos me indican su actitud orante, al mismo tiempo que con su cuerpo erguido busca el rostro de su hijo.

Pienso en las madres que no pueden dejar de buscar a sus hijos desaparecidos, que siempre elevarán una oración por ellos, pues olvidarlos sería olvidarse de sí mismas. Oro con ellas.

Toda la postura de María me hace pensar que ella ha dicho o susurrado a los tres jesuitas de la pintura, cómo bajar a Jesús, cómo amortajarlo, cómo limpiarle las heridas. Sólo una madre puede hacer digno lo que otros han manchado de iniquidad y oprobio. María ha respondido con dulzura a la petición tantas veces repetida por Ignacio y sus compañeros: *“Ponme con tu Hijo Jesús.. en la cruz”*.

En María contemplo el rostro de las madres que han perdido a sus hijos en la guerra o a causa de la violencia y las que siguen buscándolos, ellas nos dicen qué hacer, cómo poder hacernos cargo, no sólo para sepultar con justicia y dignidad a los que han muerto sino para luchar por la vida de los vivos.



Ahora acompaño al hombre que sostiene a Jesús abrazando su pecho. ¿Quién es? Es el jesuita **JOSÉ PIGNATELLI**, canonizado por Pío XII en 1954.

Pignatelli abraza a Jesús, parece que su mano buscan los latidos de su corazón, con los ojos cerrados su rostro transmite una infinita compasión y dolor, con la boca entreabierta susurra algo. Tal vez pregunta algo... Preguntas que no salen de la cabeza sino de lo profundo, de las honduras de la existencia cuando las puertas se han cerrado. Preguntas que sólo obtienen respuestas de confianza cuando son sostenidas abrazando al crucificado.

Cuando supe que Pignatelli era considerado una pieza clave para la restauración de la orden jesuita y la manera en que sostuvo a sus hermanos durante años en el exilio y todo lo que luchó por mantener viva a la Compañía dispersa, lo ví con más atención y me preguntaba por la desesperanza, acusaciones, callejones y pobreza que tuvo que cargar, quien años anteriores vio a su congregación fuerte y exitosa que de pronto se veía reducida a la pequeñez. No un año ni diez, sino 40, cuarenta años de trabajo silencioso, de fidelidad en la prueba, de confianza en el riesgo, de camino de cruz...

Pignatelli murió en 1811, no pudo ver restaurada la Compañía, murió sin ver el fruto de su esfuerzo. Murió como mueren muchos, como murió Jesús, sólo con la confianza puesta en su Padre, en quien nuestra vida también reposa.

El hombre del centro es **Jon Philipp Roothan**, a este jesuita se le encomendó trabajar por la solidez de la restauración de la Compañía de Jesús, gobernó como Padre General de 1829 a 1853. Tarea nada fácil.



Me lo imagino sosteniendo la fragilidad de una comunidad que tenía que volver a configurarse, que bajo sospecha debía sacar continuamente lo mejor de sí. Puedo ver en los brazos de Roothan la fuerza interior que debía tener, bien definida en el lema de su mandato: *“Fortiter et suaviter”* (fuerte y suavemente).

Su mirada está fija en Jesús crucificado, única razón que puede mantener la fe.

Pienso en tantas personas, asociaciones y grupos que se dedican a la restauración de las personas, cuando el alcohol, las drogas, la pobreza, la violencia han dejado multitud de heridas, de identidades rotas, de fracasos arraigados, de familias destruidas.

Fuerte y suavemente acompañan un trabajo que muchas veces se vislumbra sin luz. ¿Vale la pena hacerse cargo de...? ¡Si no tiene remedio! No tiene remedio esa prostituta, no tiene remedio ese loco, no tiene remedio ese adolescente delincuente... ese hombre... ese niño...

Y hay quien dice: “yo me hago cargo”, dame a mí a esa persona herida, dame a mí a ese sin remedio, puedo escuchar la vida que latió en él un día. No puede ser que su fracaso, su fragilidad, sean el final.

Pienso en los caminantes de Emaús que lograron ver en la decepción de sus esperanzas y el camino gris, al Amor que los acompañaba en su camino y hacía arder su corazón.

Por último, inmensamente conmovida contemplo al **PADRE ARRUPE...**



Arrodillado me mira y mira a todo al que está viendo a Jesús crucificado y tal vez también a quien no lo mira.

Arrupe, un contemplativo de ojos abiertos, con un profetismo que sabe mirar el dolor cargándolo al mismo tiempo. Se puede ver en su ceño el esfuerzo que hace.

Se ha subido las mangas y se ha dispuesto a hacerse cargo de la muerte que le rodea. Observo como acaricia con suavidad las heridas, las limpia. Imagino en sus hombros a tantos rostros víctimas de la bomba atómica en Japón que él cargó y acompañó sin medir consecuencias...

Puedo sentir en su mirada la pregunta constante sobre cómo vivir los cambios que generaba el Concilio Vaticano II, que ponía de cabeza las certezas recitadas en siglos anteriores.

Veo en Arrupe la actitud que seguramente lo salvó de tanta incomprensión y de la incomprensión que más duele que es la que surge del interior de la iglesia.

Frente a Arrupe se encuentra una tina que me lleva a Jesús en su cena de despedida y a escuchar sus últimas indicaciones: *lávense los pies los unos a los otros, ámense como yo los he amado...* ponerse al servicio sin claudicar... Actitud que acompañó a Arrupe hasta el último día de su vida, aunque la enfermedad azotara su mente y su cuerpo, empequeñecido, arrodillado, abrazando sin duda al crucificado.

Por la cercanía en el tiempo son muchas las frases, escritos, cartas que podemos encontrar del Padre Arrupe, pongo algunas que me parecen adecuadas para la meditación:

"Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca; ya que nunca habíamos estado tan inseguros".

"Quitad a Jesucristo de mi vida y todo se caerá, como un cuerpo al que se le retira su esqueleto, el corazón, la cabeza..."

"No me resigno a que, cuando yo muera, siga el mundo como si yo no hubiera vivido".

"Por el presente <Amén> y por el futuro <Aleluya>", son las últimas palabras de Arrupe a quien el dolor, el fracaso, las críticas, las luchas internas no doblegaron su amor, su entrega, su pasión y su confianza que se encontraban a los pies del Crucificado.

Podría terminar aquí, pero mi mirada se concentra en la túnica blanca semitransparente que se levanta rozando la mano de Jesús. Es la resurrección, la vida que se abre camino en medio de la muerte y que hoy tiene rostros hermosos: *Malala y Kailsah Satyarth²*.

Que el dolor, la oscuridad, la injusticia, la violencia no apaguen en nuestro corazón al Resucitado que viste nuestra mirada de sueños, que transforma nuestras palabras en sabiduría, que pone nuestras manos junto a otros a trabajar, que levanta nuestros pies y los pone en el camino que nos hace hermanos y hermanas.

Esforcémonos por reconocer el paso de la vida que a veces es casi transparente y unámonos a ella con la certeza que *el amor es más fuerte que la muerte*.

² Ganadores del Premio Nobel de la Paz 2014 por defender los derechos de los niños.